



12

El nacimiento de Jesús

Seguimos en este recorrido donde estamos intentando contemplar la obra de Dios con nosotros, ver en qué consiste y qué es lo más importante de la historia de la salvación. Hemos definido ese plan de Dios como un **evangelio de la felicidad**, como un **evangelio de la bendición**.

En ese camino, poco a poco, ha ido apareciendo un **evangelio de la presencia de Dios**, porque Dios está siempre presente, cercano para poder comunicarse con nosotros, para poder llevar a cabo nuestra vocación, que es llegar a ser felices de verdad, plenamente, algo que solo podemos cumplir en Dios.

Venimos haciendo un itinerario en la historia de la salvación que nos ha llevado desde la llamada de Dios a Abrahán hasta María, a la que hemos contemplado en la Anunciación, en la Visitación. Hoy llegamos al punto culminante: **el Nacimiento de Jesús**. Vamos a contemplar este nacimiento de Jesús y a descubrir algunas claves para nuestra vida cristiana.

Comenzamos por el evangelio donde nos habla del Dios que ya está hecho hombre, encarnado en las entrañas de María y todavía no ha nacido. Empezamos por el anuncio a José:

Texto (Mt 1, 20)

«El ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”.

Todo esto sucedió para que se cumpliese el oráculo del Señor por medio del profeta: “Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: ‘Dios-con-nosotros’.

Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer».

José es introducido en el misterio. María lleva una criatura en sus entrañas, una criatura que viene del Espíritu Santo. Literalmente el texto dice: **“lo concebido, lo engendrado es del Espíritu Santo”**. Y a esta criatura, a este niño que se está formando, se le da un nombre: **Jesús**; y se le da otro nombre: **Emmanuel**.



Jesús significa **“Dios salva”**, Dios es salvación. Se le pone este nombre porque Él salvará a su pueblo de sus pecados. Pero se le pone también otro nombre: **Emmanuel**, que significa **“Dios con nosotros”**.

De la mano de José nosotros somos introducidos en el misterio. Siglos y siglos de amistad de Dios con los hombres, de historia de salvación, Dios prometiendo que viene en persona a salvar y la presencia nueva de Dios acontece. Y hay algo que nos llama la atención: **Dios se manifiesta de una manera nueva entre los hombres**, a la vez **PRESENTE** y **OCULTO**.

Jesús ya está con nosotros, pero todavía no lo podemos ver, ni siquiera María, ni José. ¿Por qué? Porque, como todos nosotros, su vida humana ha comenzado en el seno de su madre, de la Virgen María, como nuestra vida humana, que también comenzó en el seno de nuestra madre.

¡Impresionante! El Dios vivo, el Dios que ha creado todas las cosas se ha empequeñecido totalmente, y ha comenzado a existir humanamente como hemos empezado a existir cada uno de nosotros. Él no ha despreciado, no ha hallado indigno de sí el compartir nuestra propia existencia. Dios se ha encarnado y ha querido ser hombre como cada uno de nosotros, se ha hecho hombre como yo.

Por eso descubrimos que, así como Dios ha amado nuestra humanidad, nuestra pequeñez, nuestra pobreza, también nos ayuda a descubrir cómo empieza la vida humana. **La vida humana** no empieza en el nacimiento, **empieza cuando uno es concebido en el seno de la madre**, así ha comenzado la vida del Dios vivo encarnado, la vida de Jesús. Dios envía a su Hijo, nos va a nacer un Niño, pero ese Niño avisa porque ya está en el seno de la madre, así hemos venido todos, y así ha venido también Jesús, nuestro Dios hecho hombre, nuestro Salvador.

A **José**, introducido en el misterio, se le pidió que lo acogiera, y **José acogió a los dos tesoros del Padre en la tierra, a María y a Jesús**, que ya estaba encarnado en el mundo, pero al que no podíamos ver todavía. Nosotros, de la mano de José, también somos introducidos en este misterio, en el misterio de **Dios presente, pero oculto**.

Dios sigue repitiendo las cosas así y es importante que nosotros lo aprendamos para nuestra vida. El Hijo de Dios se encarna, ya está encarnado, pero todavía no se le ve, **presente, oculto y luego se manifestará en el nacimiento**.

Recordad la vida del Señor: unos treinta y tres años entre nosotros y la mayoría de su vida, **unos treinta años, oculto, y solo unos poquitos al final, se manifiesta** a partir del Bautismo.

Como sucede también en el tiempo de las apariciones de la resurrección, durante cuarenta días Jesús está presente, camina con la Iglesia, está vivo, glorioso, resucitado, y de esos cuarenta días, que estaba presente pero oculto, solo en algunos momentos se manifestaba.

Pues atención, **el Señor también camina con nosotros así, está presente pero oculto**, y solo alguna vez nos da muestras de su presencia, solo en algunos momentos determinados tiene expresiones, manifestaciones de esa presencia. Y el Señor, como a José, como a María, nos pide que tengamos fe para vivir en su presencia real, pero oculta. Aprendamos a vivir con Él así.

Y esta presencia real, pero oculta del Dios encarnado en el seno de María en la que ha sido introducido José, es también una presencia que va a ir poco a poco creciendo, deseando manifestarse, deseando aparecer y nacer.

Escuchamos cómo nos narra san Lucas el camino que va de Nazaret a Belén para el nacimiento:

Texto (Lc 2, 1-7)

«Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada».

Jesús, el Dios encarnado, presente pero oculto en el seno de María, es conducido. María, la portadora de Cristo, va acompañada de José. Vemos cómo **este tiempo de Jesús es un tiempo entregado a la Providencia del Padre**, al cuidado de María, su madre, y al cuidado que tiene de los dos José.

**Jesús es conducido porque va en María,
María y Jesús van conducidos por José y
José es conducido por el Padre porque obedece.**



Allí, cuando llega el tiempo de dar a luz, viene esa indicación de Dios a través de los acontecimientos. Hay que ir a Belén, era así, estaba anunciado que tenía que nacer en Belén el Mesías. Entonces, confiando en Dios, en una situación donde quizá si se hubiera pensado bien, no era lo más prudente ponerse en camino cuando se acercaba para María el momento de dar a luz, José, María y Jesús en el seno de María, se ponen en camino hacia Belén.

Y llegan al lugar donde estaba anunciado que nacería el Mesías, pero llegando allí no encuentran sitio porque nadie los acoge:

**Dios vino a nacer en suma pobreza
y en esa pobreza aparece la gloria.**

**¡Dios hecho Niño aparece ante
la mirada de los hombres!**



Sí, Jesús nace en la humildad de un pesebre, nace en suma pobreza. Todo lo ha preparado Dios para que fuera posible eso. Desde toda la eternidad Dios ha soñado este plan; el plan de la salvación de los hombres. Y para realizarlo Dios quería hacerse hombre, para nacer eligió compartir nuestra propia vida, quiso que su nacimiento fuera así, en un camino guiado por la Providencia para nacer pobre y humilde.

Veamos cómo Dios a través de los ángeles hace el anuncio del nacimiento:

Texto (Lc 2, 8-14)

«Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor.

El ángel les dijo: “No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”.

Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace”».

Sí, la gloria de Dios se ha manifestado. Y la primera manifestación de esa gloria es que Dios nace hecho niño. **El primer mensaje, la primera manifestación de Dios encarnado a los hombres es la humildad, la pobreza, la indigencia de un niño.**

Un niño nace necesitado de todo y nace reclamando nuestro amor. Esa es la primera expresión de Dios, la primera palabra que Dios nos dice cuando podemos verle, la encarnación manifestada, -esto es el nacimiento-, nos dirige un mensaje:

DIOS ES NIÑO Y RECLAMA NUESTRO AMOR.

¡Recojamos esto en nuestro corazón! Porque es decisivo para entender a Dios. Dios ha venido a hablarnos y ha venido a hablarnos de sí y a decirnos lo que espera de nosotros, lo ha sintetizado en esto:



¡APARECE COMO UN NIÑO!

Esta es la señal: **«un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre»**. Y con esta sencillez se proclama la gloria de Dios.

Así lo resume el Catecismo de la Iglesia Católica, en el número 525:

Texto (CIgC § 525) —————

«Jesús nació en la humildad de un establo, de una familia pobre; unos sencillos pastores son los primeros testigos del acontecimiento. En esta pobreza se manifiesta la gloria del cielo».

El nacimiento de Jesús manifiesta la gloria de Dios en la debilidad de un niño. Este misterio que también **proclama san Juan, en el prólogo, en el inicio de su evangelio**, ese texto magistral, que es como una síntesis de todo el cristianismo. Veamos las primeras palabras:

Texto (Jn 1, 1-18) —————

« En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios».

Seguidamente, san Juan canta el misterio del que él mismo ha sido testigo:

«Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria como Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia tras gracia. A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha dado a conocer».

Este que nace es el Verbo, es el Hijo de Dios eterno, es Dios como el Padre. Y el Verbo, el Hijo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que era desde siempre Dios como el Padre y el Espíritu Santo, se ha hecho carne, es decir, se ha hecho hombre como nosotros, ha abrazado y ha asumido una humanidad pobre, débil, sufriente y mortal. Y el Verbo, el Hijo ha habitado entre nosotros.

Y como se ha hecho carne, se ha hecho hombre de verdad y ha habitado entre nosotros, hemos contemplado su gloria, la gloria del Hijo único del Padre y este que ha venido, como es Dios hecho hombre, está lleno de gracia y de verdad, tiene la plenitud de quien es Dios encarnado, y se ha convertido en fuente para nosotros. Él, que es Dios humanado, nos ha dado a conocer a Dios.

¡En la humanidad de Cristo conocemos a Dios!

Detengámonos un poquito en el misterio en el que somos invitados a entrar. Acaba de nacer Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, que es niño. Lo primero que contemplamos es la pobreza y debilidad de un niño, reclamando atención, cuidados y cariño: así Dios nos da la primera lección.

En Él, tenemos que buscar lo que Él es. Nace en pobreza porque Él es el tesoro, Él es la verdadera riqueza, en una desnudez, en un despojo total aparece la luz, el tesoro soñado, el gran tesoro que añoraban los hombres. Dios mismo hecho hombre, despojado de todo, para que no busquemos otras cosas, porque Cristo viene así, desnudo y pobre, porque Él es el gran tesoro adorado por María, adorado por José. El tesoro que contempla María, del que guarda todo lo que ve y contempla, todo lo que vive con Él en su corazón.

El Señor también nos descubre que, al mirarle, nosotros somos pobres y que en nuestra pobreza somos un tesoro, un tesoro por el cual Dios ha nacido. Dios se ha hecho hombre porque ama la humanidad, porque somos el tesoro que Dios ama con infinito amor.

Toda la historia de la salvación es la expresión de un plan de Dios que quiere la salvación del hombre. Y la salvación del hombre consiste en que participe de la vida de Dios, porque Dios quiere ser uno con nosotros, uno conmigo.

Por eso Dios da el gran paso, el gran salto para la bendición, ¿cómo podrá ser bendecida la humanidad para participar de la misma vida de Dios? Dios nos lo dice con toda claridad: para que podamos ser uno con Dios, Él viene a nosotros y nos abraza, nos asume, se hace lo que nosotros somos, se hace lo que soy yo, me asume.

De aquí que Dios nos está invitando a descubrir **qué es amar**. Para Dios, amar al hombre es hacerse uno con él, es descubrirnos que la humanidad es un tesoro grandioso a los ojos de Dios, y que el hombre es digno de participar de la vida misma de Dios. Jesús me invita a descubrir que soy precioso a los ojos de Dios. Y que si el Hijo de Dios ha abrazado mi humanidad, yo tengo que aceptarme como soy, reconciliarme con mi propio ser, reconciliarme con mi pobreza, con mi debilidad que es amada por Dios, que ha sido asumida por Dios para hacerla partícipe de la gloria de Dios, de su divinidad.

Mirad, nosotros experimentamos cómo nuestra humanidad muchas veces nos pesa, porque somos pobres, débiles; porque nuestra humanidad es para nosotros causa de sufrimiento y muchas veces desearíamos ser de otra manera, desearíamos huir de nuestra realidad. Cuántas veces estamos añorando ser otra cosa. El Señor nos enseña que ese no es el camino, el camino es abrazar lo que soy para dejarme llenar por Dios.

Sí, tú en tu identidad, en tu irrepitable identidad, en tu personalidad, en tu ser humano, en tu alma y en tu cuerpo, en tu pobreza, en tu debilidad eres infinitamente amado y amada, eres divinamente amado y amada. Dios te ama como eres, te ha hecho así y se ha enamorado de ti.

Y es a ti, en tu ser, en tu pobreza y en tu debilidad **a quien Dios ama** y a quien Dios quiere divinizar. Contempla a Jesús hecho niño, descúbrete a ti en Él, en tu pobreza, en tu debilidad, en tu necesidad, en tu indigencia, y descubrirás que Dios te quiere abrazar, que Dios se ha hecho como tú para que tú seas como Él.

En Jesús hecho niño descubrimos también **la gran noticia**: Dios ha nacido de una manera nueva y única. Dios es ahora **“Dios-con-nosotros”**. Ese Dios que siempre ha estado cerca de los hombres, que se acercaba familiarmente a los primeros padres en el paraíso, que después del pecado ha retomado la historia de la salvación, que se acercó a Abrahán, a Isaac, a Jacob, Moisés, a Elías, a tanto otros, hombres y mujeres en la historia de la salvación, y que se acercó de una manera nueva a María en la Anunciación.

Ahora, Él mismo se ha hecho lo que nosotros somos, ahora descubrimos que nuestra humanidad puede ser expresión de Dios, lugar de la presencia de Dios. El Señor nos ha hecho de manera que un día Él pudiera encarnarse y expresarse a sí mismo. No solo que un día, asumiendo nuestra humanidad fuera Jesús el Dios hecho hombre, sino para que tú descubrieras, para que cada uno de nosotros descubriéramos que somos capaces de recibir y de expresar a Dios; que estamos hechos de tal manera que somos imagen de Dios para ser reflejo y expresión de Dios.

En Jesús, Dios se ha hecho presente, porque en Jesús ya no solo está Dios, sino que **Jesús es Dios**. Jesús ha nacido y en Él contemplamos la gloria del Dios amor, del Dios que ama a los hombres.

Seguimos escuchando el relato del evangelista san Lucas:

Texto (Lc 2, 15-20)

«Y sucedió que, cuando los ángeles dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: “Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado”. Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían.

María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.

Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto conforme a lo que se les había dicho».

Queremos dejarnos conducir por Dios como condujo a aquellos pastores hasta Jesús. Queremos ser dóciles y contemplar el misterio y ver lo que el Señor nos dice a nosotros, para nuestra vida.

Descubramos algunas cosas: lo primero de todo, si Dios nace niño, la primera palabra que nos dice es que tenemos que perder el miedo a Dios. La gran herida del pecado en nuestro corazón, una de las grandes heridas, es que tenemos miedo a Dios. Nos cuesta fiarnos de Dios, nos cuesta creernos de verdad que **Dios es Amor**.

¡Mira, mira bien! ¿Quién le tiene miedo a un niño? Dios naciendo niño te dice que le pierdas de una vez el miedo, porque si tenemos miedo a Dios ya todo funciona mal, porque cuando tenemos temor no podemos entrar en una verdadera relación de amistad. El problema lo tenemos nosotros dentro y para hacernos comprender que Dios es amor, Él se ha hecho niño en Belén.

¡Contéplale Niño! ¿Qué pide un niño? Un niño reclama cariño, ternura, invita a expresarle el amor porque está necesitado de todo. Dios se ha hecho niño para explicarnos lo que espera de nosotros. ¿Sabes lo que espera Dios de ti? Que le ames, que le ames de verdad, que abras el corazón y le expreses el amor.

Sí, Dios ha nacido hecho niño ofrecido a nuestro amor. Tienes que pedirle al Señor, tienes que pedirle al Espíritu Santo que te ilumine para descubrir esta preciosidad de la vida cristiana. ¿Qué es vivir la vida cristiana? Entre otras cosas **expresarle el amor a Dios**.

Y aquí la gran maestra para nosotros, como siempre, es la Virgen María. ¿Sabes por qué tu vida cristiana tantas veces es triste? Porque no le expresas el amor a Dios, porque no le abres el corazón. Cuando nace un niño, toda la casa se llena de alegría, es el gran acontecimiento esperado. **¿Qué es descubrir a Dios? Llenarse de la inmensa alegría de su Presencia**.

Pero ¡claro! Una cosa da alegría en la medida en que es valorada, este es el gran problema que tenemos, que hemos perdido el sentido de Dios, y Dios nace y parece que nos da igual.

Pero ¿cómo nos va a dar igual? ¡No nos da igual! Es **Dios** mismo el que **nos invita a adorarle, a conocerle, a vivir con Él**. ¡Qué maravilla! Yo nunca estaré solo. Dios siempre estará con nosotros.

Desde aquí vamos a ver cómo Dios conduce a los pastores a un dinamismo de vida del que vamos a ver en algunas claves.

– Lo primero es que se les anuncia algo y los pastores ¡**CREEN!** Cuánto nos cuesta creer lo que Dios nos dice y lo que nos perdemos por no creer lo que es verdad. ¡**Danos, Señor, fe!** Los pastores sencillos y pobres creen, porque tienen sitio en su vida para Dios, porque su corazón es sencillo y creen cuando Dios les habla, porque su vida es sencilla y hay sitio para que Dios pueda entrar. Y cuando creen, ¿qué hacen? No se quedan donde estaban.

– Segundo, ¡**BUSCAN!** Se ponen en camino, se ponen en movimiento hacia donde se les ha dicho. Dios nace en un lugar concreto y quiere ser buscado, quiere ser encontrado. ¿Por qué? Porque quiere que tú también le expreses el amor. Si Dios nace por ti, fíjate si se interesa, que se ha hecho hombre por ti, pero Dios no lo hace todo, quiere que yo también me interese por Él.

– Y, tercero, ¡**ENCUENTRAN!** Cuando Dios quiere, esa búsqueda acaba en un **encuentro**. En un gozoso encuentro donde podemos contemplarle y escucharle, es decir, donde podemos percibir, en la medida en que Dios lo quiera, su presencia y su manifestación.

Y cuando se ha encontrado a Dios, ¿qué se hace? Caer de rodillas, uno se postra y adora, adora con el corazón, con el cuerpo, estupefacto, asombrado, sorprendido: **¡Dios está aquí para mí! Dios se interesa por mí, a Dios le importo, Dios quiere vivir para siempre conmigo. Yo, que no soy nada, que lo he recibido todo de Él y Él viene a buscarme y se hace como yo, para hablar mi lenguaje, para que yo le entienda. ¡Caer de rodillas ante Jesús!**

En este encuentro con Dios uno le bendice, le alaba, le da gracias y, desbordante de gozo, el corazón prorrumpe en júbilo, un júbilo que muchas veces es inexpresable porque el corazón tiene tal plenitud, tal alegría que las palabras son capaces de expresar lo que uno vive en el corazón ante tal admiración. Pero cuando uno se descubre bendecido así, ¡no puede callar!

¿Habéis visto? Los que han sido instruidos, los que *han creído* y han ido corriendo, *han buscado*, *han encontrado*, *han adorado* y *han bendecido*. Y ¿qué hacen ahora? **Hablar de Dios**, hablar del Señor a todos, que todos conozcan la maravilla, anuncian lo que han visto y oído. **¡Qué maravilla: quien encuentra a Cristo se convierte en apóstol, en testigo!**

Cuando conoces a Jesús, sientes la llamada irresistible a convertirte en lo que es Él, a transformarte en Él, a llegar a ser lo que Él es. **¡Él ha nacido por mí para que yo sea como Él!** Es el admirable intercambio de la Navidad, transformarse en Cristo, llegar a ser lo que Él es. Sí, este es **el misterio entrañable de la Navidad**: Jesús nace por nosotros para que el hombre llegue a ser lo que Él es.

Vamos a escuchar lo que nos dice el *Catecismo de la Iglesia Católica* sobre el misterio de la Navidad:

Texto (CIgC § 526) —————

«Hacerse niño con relación a Dios es la condición para entrar en el Reino (Mt 18,3-4); para eso es necesario abajarse (Mt 23, 12), hacerse pequeño; más todavía: es necesario "nacer de lo alto" (Jn 3,7), "nacer de Dios" (Jn 1, 13) para "hacerse hijos de Dios"(Jn 1, 12)».

Necesitamos descender, hacernos sencillos y pequeños, hacernos como este niño, para entender a Dios que se hace niño. Es necesario nacer de Dios. Sí, con esta actitud de pequeñez, de infancia evangélica podremos entender al Señor y así podrá llevarse a plenitud, a cumplimiento en nosotros el misterio de la Navidad.

«El Misterio de Navidad se realiza en nosotros cuando Cristo "toma forma" en nosotros (Ga 4, 19). Navidad es el Misterio de este 'admirable intercambio':

"¡Oh admirable intercambio! El Creador del género humano, tomando cuerpo y alma, nace de una virgen y, hecho hombre sin concurso de varón, nos da parte en su divinidad"».

Sí, Navidad es que Cristo nace, pero este nacimiento tiene una finalidad; por eso el misterio de la Navidad llega a cumplimiento cuando Cristo toma forma en nosotros, cuando llega a vivir en nosotros y cuando nosotros llegamos a ser Cristo.

**Dios se hace hombre para que el hombre llegue a ser Dios.
Este es el admirable intercambio que canta la Navidad.**

Por eso el misterio que contemplamos en Navidad tiene que cumplirse cada día, se cumple en cada uno de nosotros cuando Cristo nace en nosotros, cuando llega a manifestarse en nosotros.

Vamos todos a adorarle: **la Navidad** es este misterio entrañable de Dios hecho hombre y de Dios que se hace como nosotros, se abaja hasta nosotros y nos da **la clave para poder entender** el proceso de **la bendición**. No puede ser **bendecido** sino **lo que es abrazado y asumido**. Dios abraza lo que va a bendecir. Pero esto también es una llamada para nosotros, porque yo tengo que aprender a amar lo que Dios me ha dado.

La Navidad es el misterio que reclama de nosotros **hacer sitio al Señor**. Fijaos, la Navidad es anunciar que Dios está aquí y pone en movimiento todo para que acudamos hacia el Señor que ha nacido. Por eso la Navidad tiene que ser un tiempo especial para que hagamos sitio al Señor. Es verdad que la Navidad está envuelta en tantas cosas, muchas de ellas buenas, otras que necesitan ciertamente purificación; para que sea verdadera Navidad tiene que ser un tiempo donde vayamos a adorarle, donde dejemos hueco a Dios en nuestra vida para que expresemos el amor a Dios.

Ahora el Señor está con nosotros de una manera muy especial y única en la Eucaristía. Qué importante es en este tiempo tener un momento para acudir al Señor, para verle en ese lugar donde está con nosotros ahora, en este tiempo de la Iglesia hasta el final de los tiempos, de una manera única.

El Señor está presente de muchas maneras y de todas esas maneras quiere ser encontrado. Ahora bien, la Eucaristía es especial. ¿Por qué? Porque en la Eucaristía no solo está Cristo, **¡la Eucaristía es Cristo!** En el corazón de la persona que vive en gracia habita el Señor. **“En Cristo habita corporalmente la plenitud de la divinidad”**, dice san Pablo (Col 2, 9).

Ciertamente Dios habita en Cristo y si Dios se ha hecho presente en el mundo así, ¿qué es lo que hace el Padre? Mover a todas las criaturas para que los que estamos en la tierra nos demos cuenta y no permanezcamos indiferentes ante el misterio. Para poder vivir a Cristo, para poder ser su testigo, **para poder vivir las diferentes dimensiones de la vida cristiana, lo primero de todo es que hay que mirarle, hay que conocerle, hay que encontrarle, hay que quedarse maravillado del amor con el que somos amados.**

Como María, que le miraba y sus ojos brillaban con la luz del cielo, resplandecían. Pues ¿sabes? Los tuyos también están llamados a resplandecer, si sabes contemplar el misterio en tu corazón, si tú sabes acercarte y contemplar bajo el velo del pan al Dios hecho hombre, encarnado, crucificado, resucitado y glorioso que está realmente en la Eucaristía.

Bajo el velo de un niño adoraban a Dios hecho hombre, bajo el velo de la apariencia de pan es Cristo con todo su misterio divino y humano, con todo su misterio de amor, nuestro Salvador, tu Salvador. ¡Gracias Señor Jesús!

Os invito a alabar conmigo al Señor, a unirnos a la adoración de José, que allí en silencio, escondido detrás de María, miraba a Jesús, y sus lágrimas le caían de los ojos contemplando un misterio del que él no se consideraba digno. **¡Quién hubiera podido pensar que Dios le pusiera ahí a él junto a los dos tesoros del Padre, a María y a Jesús!**

Cómo no **ponernos junto a María,** a quien también se le saltan las lágrimas de emoción, y **acoger su oración:**

*Dios me ha pedido a mí la humanidad,
yo he sido la que le he dado la humanidad a Dios,
yo que la he recibido de Él,
yo que en todo mi ser soy don de Dios.*

*“Señor, qué grande eres.
Tú has querido nacer de mí,
has querido necesitar de mí,
has querido que yo te abrace,
te amamante,
te dé de comer,
te eduque
y has querido llevar para siempre
el sello de tu madre”.*

¡Adorado seas, Jesús!

¡Postrados ante el Señor, adorad al Dios que os invade con su amor!



*Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María
emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid,
el 23 de diciembre de 2007*

SUGERENCIAS PARA ORAR

Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal y a la comprensión del texto:

Paso a paso...



Invocación al Espíritu

Pide que te ilumine y te abra a la comprensión de la Palabra



Lectura del texto

Lee de forma pausada para captar qué dice el texto



Meditación

¿Qué me dice el Señor en este encuentro?



Oración

Respondo al Señor, de corazón a corazón



Compromiso

Salto a la vida con otra actitud

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

- ✓ Al meditar este pasaje evangélico, ¿qué significa la figura de José para ti? En este **año teresiano** recordamos la gran devoción que la Santa tenía a san José: «*Aunque tenga muchos santos por abogados, tengan particularmente a san José, que alcanza mucho de Dios*» (Av 65).
- ✓ ¿Qué te llama más la atención de todos los signos y acontecimientos que rodean el nacimiento de Jesús?
- ✓ No todos los días del calendario litúrgico son Navidad, pero nos puede parecer que este tiempo despierta tan buenos sentimientos de paz, alegría, bondad, ternura, que todos los días debería ser Navidad en el corazón.
- ✓ A la luz del ideal de familia que vemos en José, María y Jesús, damos gracias a Dios por nuestras familias. ¿Procuramos que **Dios tenga un lugar en nuestro hogar, en nuestra familia**, para reconocer y valorar las bendiciones que Él nos regala?
- ✓ En forma de oración, podemos presentar al Niño Jesús los buenos propósitos e inspiraciones que nos haya comunicado en esta meditación.